

GREGORIO CASAMAYOR

LA SOPA DE DIOS

BARCELONA 2009



A C A N T I L A D O

Publicado por:  
A C A N T I L A D O  
Quaderns Crema, S. A. U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
Tel.: 934 144 906 - Fax: 934 147 107  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

© 2009 by Gregorio Casamayor Pérez  
© de esta edición, 2009 by Quaderns Crema, S. A. U.

Todos los derechos reservados:  
Quaderns Crema, S. A. U.

ISBN: 978-84-96834-97-2  
DEPÓSITO LEGAL: B. 8.855 - 2009

En la cubierta, fotografía de Sergi Godia

AIGUADEVIDRE *Gráfica*  
QUADERNS CREMA *Composició*  
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *febrero de 2009*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

## UNO

Me cuesta escribir sin acentos, debe de ser que me domesticaron bien de pequeño. Ya saben a qué me refiero: un tortazo de vez en cuando, cuatro gritos para amedrentar, la cabeza gacha y mucho sí, señor y no, señor. Ortografía y aritmética hacen gente de orden. Eso decía el director de mi escuela, don Álvaro Lafuente. Un tipo largo y enfático como un día sin pan. Aritmética y ortografía, que Don Álvaro era tan ecuánime que a menudo variaba el orden de las materias. Esa sentencia era la coda de todos sus discursos, y otra cosa no, pero para discursar le sobraban razones. En nuestra escuela se hacían por lo menos diez veces más dictados y veinte veces más ejercicios de cálculo mental que en cualquier colegio del barrio ciudad país. Y sin rechistar. Menuda pesadilla.

Gente de orden como yo. Quizá si hubiera fallado más en cálculo mental podría haberme ganado la vida como atracador de bancos, es un oficio que tiene puntas de estrés tipo everest, pero con un poco de suerte puedes limitar tu actividad a un par de atracos al año. Y si eres un tipo austero tacaño decididamente avaro y solitario, puede que baste un subidón cada dos o tres años. Aunque, no sé, porque cada vez hay menos dinero en los bancos, quizá habría que hacerse un pryca o un peaje de autopista. ¡Si al menos el cálculo o la sintaxis me hubieran servido para ganar concursos en la televisión! Me considero un maestro en el uso del oxímoron cuando la mayoría de los mortales no sa-

bría dónde colocar la equis, si en la casilla de Lengua o en la de Matemáticas. Pero sinceramente: no habría habido desmaquillador secante toalla capaz de contener el sudor de mi frente. ¿Nervios ante las cámaras? Peor aún, simple canguelo. El valor no figura en el elenco de mis virtudes, ni tampoco en el ranking de mis peores defectos. La verdad es ésa. Soy un tipo vulgar, como usted, cobarde las más de las veces, valiente sólo de boquilla. Ésa es la verdad. Por supuesto que no hubiera temblado ante una división con decimales ni tampoco por tener que deletrear una de mis favoritas sobreesdrújulas subjuntivas. No es eso. Es más sencillo. Simple sordera. Bloqueo total. Miedo cerviz. O miedo servil. En la escuela se forma el carácter de la gente, allí puede verse ya si vas a ser un pobre diablo toda tu vida o si te vas a comer el mundo a manos llenas. La escuela te marca para toda la vida. Víctima o verdugo. En medio sólo hay vacío. Yo nací víctima pero tuve una oportunidad y me convertí en verdugo. Luego caí en la trampa y volví al agujero del que nunca debí haber salido, y más tarde, cuando mis expectativas estaban por debajo de cero, fui de nuevo verdugo. En medio no hay nada.

No me merezco esto, sinceramente se lo digo. Sí, no crean que soy un iluso, ya sé que es un tópico iniciar una confesión con una inequívoca declaración de inocencia. Pero así son las cosas. Tendrían ustedes que verme, entonces no dudarían de mi palabra. En persona, me refiero, no en sentido figurado. Verme, no leerme ni escucharme. Verme. Me creerían si me vieran, puedo asegurárselo. Y no es que tenga mal aspecto, no es lástima lo que despierto, todo lo con-

trario, porque me cuido ahora. Ahora me cuido. Nada de excesos, de ninguna clase: me alimento de un modo frugal y equilibrado, no pruebo la bebida, intento caminar un poco cada día, descanso mis horas aunque no pueda dormir. Procuro tener siempre un aspecto pulcro, cuido mi ropa, los zapatos, el cabello, hasta la expresión de mi rostro. Pulcro, es el atributo exacto para describirme. Pero no me engaño, ni podría engañar a nadie: debajo de la ropa hay un viejo enfermo. Un anciano. Sin ropa, desnudo, sólo soy lo que parezco, un anciano decrepito.

He sido un buen miembro de esta comunidad, he perseguido y atesorado el aprecio de la mayoría de mis vecinos aunque debí forzar y esforzarme para alternar con ellos. No he sido así siempre, pero la vida me ha dado lo mío. Una buena paliza, para qué mentir. Estoy escarmentado. No soporto la suciedad ni la sociedad, si me permiten el tosco juego de palabras. Suciedad y Sociedad, demasiado evidente el chascarrillo. Sin embargo, no hay arma más mortífera que las palabras, lo sé bien: me he ganado la vida con ellas. Con la suciedad tuve que convivir, a la fuerza, pero me he librado de ella para siempre. Con la sociedad, he tenido mis más y mis menos, pero he aprendido, también a la fuerza, que el hombre debe vivir en compañía, en armonía con sus semejantes. Ya he superado la época del buen salvaje. Hemos sido creados para tener relación con los demás. No soy un ingenuo, ya sé que el hombre puede ser un lobo para el hombre, pero también puede ser un amigo. O un buen vecino, a menudo basta con eso. No volveré a esa selva de asfalto, no me interesa la existencia en unas

calles que, en cuanto oscurece, quedan al margen de la ley. He adoptado esta comunidad y quiero vivir aquí, en compañía de otros, dándonos mutua protección. Por eso duele que me acusen.

Sólo una cadena de circunstancias adversas ha podido arrojarme aquí, sólo por el empecinamiento de unos agentes ávidos de la notoriedad que puede reportarles haber capturado, según ellos, a un asesino en serie, a un peligroso asesino senil, sólo por eso me veo encerrado en la enfermería de una cárcel y a la espera de juicio por unos presuntos homicidios o asesinatos o como quieran llamarles—no he tenido tiempo aún de buscar en mis diccionarios y entender cuál será exactamente la diferencia, aunque sé que no es banal—. Podría aceptar que, a causa de mi buena disposición, me acusaran de ayudar a bien morir a otros, o de actuar en legítima defensa en algún caso extremo, pero puedo asegurar que estoy muy lejos de ser esa mala bestia que describen los medios de comunicación. Argumentos, los tengo a montones. Pruebas, no me faltan. Y en mi contra, ¿qué puede argumentar la policía en mi contra?, sólo mis propias palabras en un momento de confusión, en realidad una llamada telefónica en demanda de auxilio que quedó registrada.

En primer lugar hacen falta pruebas para acusar y condenar, no basta con autoinculparse, si bastara habría cientos y miles de tipos condenados por el asesinato de Kennedy o por el asesinato de Olof Palme. La policía necesitaba un

golpe de efecto para devolver la tranquilidad a las buenas gentes. Un asesino múltiple es un titular de primera página en cualquier periódico. Y al ladito de casa, en Ciudad Meridiana. La policía tenía que frenar la alarma social, la preocupación temor angustia de la ciudadanía. Así que aquí estoy yo, van a brindar mi cabeza a los medios para que vuelva la paz a la comunidad. Inocentes, yo como Juan el Bautista.

Soy inocente, así de fácil. Puedo afirmar que he sido una pobre víctima en demasiadas ocasiones. En el pasado y en el presente. Es cierto que me gustaría poder responder a las agresiones de las que soy objeto. Pero ¿cómo se defiende un hombre de mi edad? Puedo relatarles cómo me atracaron la última vez. ¿Quieren ustedes que les cuente lo que sucedió un atardecer, en la calle Costabona, el 27 de noviembre a las veinte horas y diez minutos? ¿Se extrañan de que lo recuerde con tanta precisión? Es muy sencillo, escribo un diario. Una costumbre de mis años escolares, un hábito que perdí y que más tarde pude recuperar. Además, presenté una denuncia en la comisaría del barrio.

Pues bien, un tipo con cazadora de aviador se me encaró en mitad de la calle y no tuvo ni que olfatear mi miedo, ni balbucear una sola palabra. ¿Saben qué edad tengo? ¿Lo han leído en la prensa? Quizá con veinte treinta cuarenta años menos no me hubiera sabido tan indefenso. Le di la cartera a ese delincuente, y el reloj, la pluma, el anillo y hasta le ofrecí los zapatos, unos mocasines Sebago de ciento cincuenta euros. Cualquier cosa antes de que me pinchase. Pero el desagradecido no se esperó a que me

quitara el segundo zapato, salió pitando con su botín. Y no me extraña, era un tapón que no debía calzar ni un treinta y ocho y yo uso un cuarenta y dos. Pero iba armado, seguro, se le notaba un bulto bajo el sobaco y en el bolsillo de la cazadora y en el bolsillo trasero del pantalón y en la entrepierna. Iba armado, eso lo sé con total certeza. Menos mal que cuando salgo de casa siempre llevo la Parker. Ni siquiera la uso. Esa pluma es de ave gallinácea. Ni siquiera me preocupo de ponerle cartucho de tinta. La Montblanc es otra cosa, una pluma de ave del paraíso. Pero la Montblanc no sale de casa. Tampoco es que la deje encima de la mesa del estudio. No soy un infeliz. Cuando acabo de escribir mi diario, la limpio con la gamuza, la guardo en su funda de cuero, luego en la caja negra lacada y la escondo. No en cualquier sitio, bien escondida..., pero permítanme que no deje pistas; se imaginan que dejase escrito aquí dónde la escondo. Sería de idiotas. Soy un as imaginando escondites imposibles. Desde pequeño, desde que tuve que burlar el acoso de mi segundo padre. Un buen tipo, Micky, pero con un carácter demasiado intrusivo. También escondo mi diario. Todavía lo escondo. En lugares distintos, claro. Se trata de una libreta sin mucho valor, comprada en una papelería del barrio, de papel pautado para poder hacer una buena caligrafía.

Puse una denuncia, faltaría más, quizá en la comisaría del barrio haya quedado constancia del hecho aunque no sirvió de nada. No damos a basto, me dijo el policía que me tomó declaración, ya puede dar por perdidas sus cosas, suerte tendrá si alguien encuentra su carnet en alguna papelera.